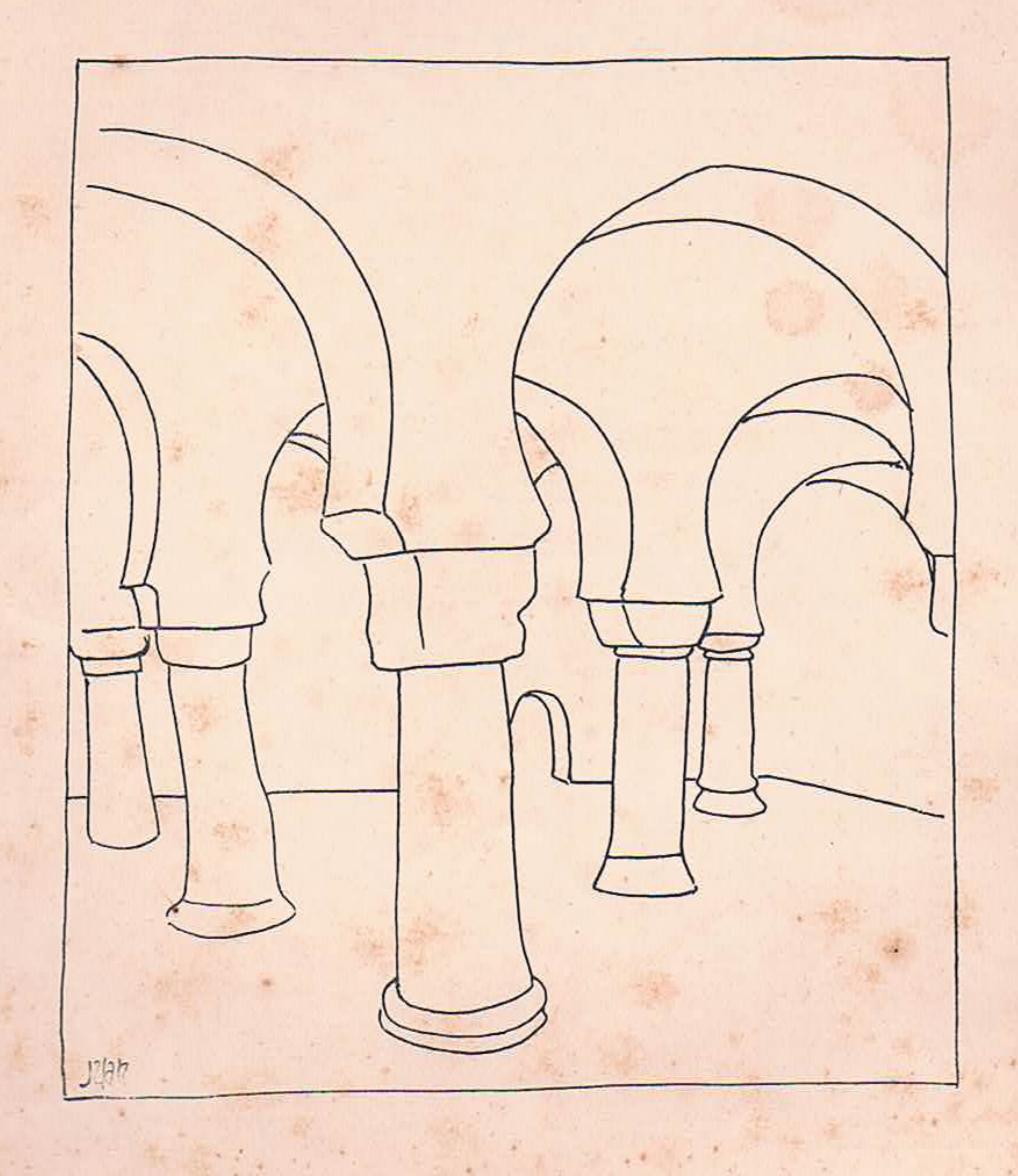
ALJIBE



ALJIBE

REVISTA DE SEVILLA

ADMINISTRACIÓN Y CORRESPONDENCIA

ALVAREZ QUINTERO, 57 D.

COMPONEN "ALJIBE":

BERNARDO VICTOR CARANDE
JUAN COLLANTES DE TERÁN
AQUILINO DUQUE GIMENO
ANGEL MEDINA DE LEMUS

AÑO 1952 NÚMERO IV

JUAN COLLANTES DE TERAN

PRIMAVERA ANTES

Curvo el aire para tu onda vana;
paso que yo diera
al alcance mio esta mañana,
celeste bergantín para tu ofrenda.

Ni la color exacta,
la imagen, el cielo tuyo;
que yo era para todas las flores
copia de tí, savia real
en mi jardín de niñez primera.

Paso que yo diera;
profundidad de nube, estanque
para tu orilla en el viento
inalcanzable, para tu mirar oblícuo
en tu sueño inocente, así . . .

Ultima noticia tuya
con el cartero infiél del aire,
a la deriva de las tardes, amiga:
- Mírame azul ésta
mañana en el cielo.
¡ Good bye *amor, amor, ésta mañana !*

SERAFIN PRO HESLES

BANGUDIN

Bángudin: ciega. Sus ojos parados, por estrenar, eran verdes: de estanque. Comprometía su lindo pelo rubio. Era una rama joven de naranjo.

Bángudin amaba.

(Bángudin, ¿ cepillaste el abrigo de tu padre ?)

(—Cual ¿ ese del jersey azul ?— es Pecco, su novio)

Su novio le contaba una media novela hermosisima, en voz baja, con nieve, abetos, renos, y su poco de amor.

(Bángudin, ¿ Federico dice que donde has puesto su barco de papel ?)

El novio era un muchacho que había tirado a hombrón. Rudo, montaba en bici y era medio centro del Universitario. Tuvo más de seis novias y hasta algunos amores, pero conoció a

(Bángudin, ¿ regaste los ojos de poeta ?)

Y se nos vino abajo, para convertirse en un niño faldero, que acunarse en ésa línea curva de la mirada ciega de Bángudin, para poder vivir dormido.

Ella llevaba aquella tarde un traje blanco bordado en margaritas y rico en gracia. Sus manos, que veían, jugaban con "Orlo", un perrazo de agua, que, cuando pensaba en su ama, se crecía y se crecía hasta perderse de ver. "Orlo", mientras Bángudin le mullía su cabezota en barbecho, le clavaba sus ojos de santo en sus lagos dormidos.

(Bángudin, la "Jarana" ha parido un ternero monisimo, ¡ si le vieras !)

Ahora, como llevamos dicho, su novio le contaba aquel cuento nevado que sabemos. Luego ella le comprometía en preguntas.

(Bángudin, cariño, te refriaras ahí fuera)

Sus pies eran perfectos, tan perfectos que causaban vértigo. Eran dos pozos blancos. Sus curvas se perdían en el aire. Padre le contaba que Dios, al hacer una belleza así, quedó cansado y el resto de su cuerpo lo hizo un ángel revoltosillo que se esmeró en sus ojos, y al contemplarlos se abobó y temiendo tener que dar explicaciones, resolvió no dar luz a ojos tan únicos.

(—Tú tienes algo Bángudin de Juicio
Final sin trompetas. De pellizco de
Dios, de nieve caliente y para siempre.
Calla poeta, que nadie te ha llamado.)

El párroco le habló de si quería ser de Acción Católica. Esto sería un triunfo y un regalo para la parroquia, que se hacía clamor de la muchacha. Ella dijo que sí, como había aceptado, minutos antes, un paseo en el cabriolé de Don Dámaso.

(Bángudin, ¿ llenaste la cántara del merendero ?)

RUEGO PARA CUANDO BANGUDIN MUERA

Bángudin, quererte es un pecado.

Yo lo sé y haré un ruego esta noche para que me escuche alguien.

Tú, Bángudin, muchacha, para quien el espejo no es más que un cristal frío. Tú, Bángudin, que conoces más secretos del mundo que nadie.

Tú, Bángudin, óyeme, me han prometido, que cuando mueras te enterrarán en mi sangre, porque no hay tierra que se atreva a cegar tus ojos. Yo te espero tendido y jadeante.

Tú, Bángudin, ruega por nosotros, tú, que si que estás, que lo digo, en contacto con Dios.

BERNARDO VICTOR CARANDE

ASESINATO EN LA CATEDRAL

(escribo a Alicia)

"Porque todo es igual
y tú lo sabes"
Luis Rosales

Cuando llegue la primavera a nosotros
te lloraremos varias veces.
Cuando la primavera ya sea con nosotros
y el alba, Alicia, entonces
no nos saludará: que hay, buenos días.
Por ello déjanos hoy decirtelo nuevamente
al oído, aquí
en la llanura seca,
decírtelo y separar tu pelo y llegar
hacia tu perfil blanco y a tu oido. Y decirtelo
nuevamente,
nuevamente.
¡Alicia! nosotros te matamos. . . pero no ¡No!
sí. . . ya se que todo es igual y tú lo sabes
y que también no es nada nuevo para tí esto de hoy,
lo que te digo de tu muerte nuestra.
Pero escúchame, Alicia, ¡pobres de nosotros!
Se nos quedó tu cuerpo siempre viendolo,
y era penoso. Y quedó siempre en nosotros
como el pavor tenido a leer los periódicos
por el hombre perseguido. Como el hambre
de agua que siente el camellero,
y se va trotando su camello
y se queda ya solo en la arena,
y no
puede matar al camello y beberse su sangre.
Como el fugitivo ¡Alicia! que arrastra
sus dedos cargados de trigo
para hacerse el pan en el horno de alguien
por tierra de lepra.

Nosotros te matamos:
yo te desnudé, y Luis clavó el cuchillo,
¿recuerdas? asustada habías caido sobre el peldaño de la catedral,
y quedabas
sobre cinco peldaños gastados de subir,
como la estatua de un señor con bigotes
y con espada, sobre el pórtico de un edificio triste,
como al héroe
se le encadena y se le viste y se le dá
para erigírsele la estatua, una plaza,
como una brecha en la amura de un buque bucanero.

Pero Alicia... no ¿no?... te puedo decir amor?
si?... amor, perdónanos.
Luis está aqui,
junto a mi.
y él sostiene mi cuerpo
sobre los pinos de la llanura para que yo
pueda ver la ciudad,
y la catedral,
y hablarte y verte a ti, todavía,
sobre el peldaño de la catedral.
Alicia,
cuando llegue la primavera
nosotros te lloraremos.

ANGEL MEDINA

MEDITACIÓN SOBRE EL ABURRIMIENTO

En este atardecer o un atardecer cualquiera
hay que buscar a la mujer o al llanto,
sobre los autobuses, al compás
de la gente y la música.
Es visible que todos huyen apresuradamente
del morado, de la vida, del tinte de penumbra
que pesa en el crepúsculo.

Es visible también que algunos
están pensando escapar hasta los montes,
y al mar, o a la mujer.

Pero yo ahora, antes de que caiga
el sol, estoy mirando un árbol solo,
temporal, más real por la luz
y el verde nuevo de las hojas.

Estoy pasando y quedándome
con la alegría neta de las hojas que nacen
— vivirán con nosotros unos meses —
y me he olvidado de cualquier aburrimiento
como si hubiese alguna proporción
que dilate la vida hasta ese ser
joven, estar en quieta
pujanza bajo el sol, desde este poseer
una tarde, una vida completa.

Pero ello no es ni sombra
de la alegría.
Me parece que pesa un enorme aburrimiento
sobre la plenitud de la idea
que puede ser prehecha por nosotros
para nuestro futuro.
No nos ha sido dado soñar. . .

Basta para dejar lo que nos cansa
otra cosa real, una canción,
un coro, una amistad cuando viene la noche.

Pero se pasa el tiempo
y muchos días no hemos hecho sino huir
de nuestro aburrimiento,
devorando una sensación para pasar a otra,
casi en los arrabales de la vida,
buscando en los escombros
donde no hay nada.
No he encontrado poesía más honda
que vivir el amor.
No hay amor ideal
sino unión con quien existe para siempre
muerte en la que se vive,
y la vida no se dilata ni se contrae
con el aire de los momentos
o con la enemistad de las cosas
porque amar es vivir plenamente en otro.

Las hojas nacen y mueren,
el acerado río sigue reflejando sus casas,
sigue habiendo bruma y derrota en las orillas
y el crepúsculo pesa con un tinte morado.
Hay que buscar al llanto o a la mujer.

Una mujer solloza en una cumbre
junto a la Cruz,
con un dolor de todos los días,
engendrado todos los días al engendrarnos
abandonada con la muerte
de quien Dios abandonó. Sola,
en la cumbre que se nubla.

JORGE TOVAR

MARTIN ADAN

LA FORMA POÉTICA

Martín Adán es poeta, y poeta original. Gracias a él y a César Vallejo, podemos bautizar las tendencias de la poesía peruana con dos nombres: el "vallejismo" y el "martinadanismo", que no suenan a exótico y forastero.

Martín Adán es poeta. Y a la poesía —materia invisible que colma sus estrofas y rezuma por la hendiduras e intersticios de sus versos— la trata cariñosa, blandamente; la modela con amorosos dedos —como a cera— y no a recios golpes de cincel. Y su materia poética es, ante todo, materia sonora, musical. El poema es modelada amalgama de masas sonoras:

Ella no sigue por él,
Sino a sí misma, virtual;
A la agonía infernal,
En la rosa de papel.
Y mana, amarga, la miel
El duro dardo de ardor;
Cursa entrañable labor,
Por restañar el herir,
Y jamás para a morir
La abeja del sinsabor.

La poesía que cautiva la fantasía no es, aquí, la que reposa en el fondo de las letras, sino aquella que rebasa y se escapa del poema llevada de su propia vitalidad y se revela en bloque, sin admitir análisis —asesinato de la vivencia poética— ni aprehensión intelectual. Y es porque en estas décimas de **La Rosa de la Espinela** —como dice Jorge Eduardo Eielson, otro poeta peruano— se realiza "el arribo de lo inefable a nuestra poesía ". Es preciso leer en voz alta y escuchar; o, mejor, leer calladamente, percibiendo por dentro la resonancia de una voz de pura musicalidad, una voz con tono pero sin timbre. No obstante, en ella, se descubre algo más que el sonido; yacen allí, apenas desvelados pero clareando con un albor tan luminoso cuanto indefinible, los temas eternos de la lírica; el ansia metafísica de eternidad, la creación, el tiempo, la muerte, el amor, el silencio... Más visibles en este poema de singular belleza y palpitante hondura:

Heme triste de belleza,
Dios ciego, que haces la rosa
Con mano que no reposa
Y de humano que no besa.
Adonde la rosa empieza,
Curso en la substancia misma,
Corro: ella en mí se abisma:
Yo en ella: entrambos en pasmo
De dios que cayó en orgasmo
Haciéndolo para cisma.

o en este otro:

¡Ven a gritar, el poeta,
A claridad horrorosa,
Gritando como la rosa
Mirada de anacoreta!
Esa faz, lívida, quieta,
Es, a raíz del respiro,
La que mira, la que miro,
Mirándote, muda, mala,
Dios vivo, que cayó un ala,
Y no adivina del tiro.

Una sentida vivencia humana, estilizada por el afán de perfección —Martín Adán corrige prolijamente sus borradores— late en sus espinelas, maravillosa, pulcramente entregada a la sensibilidad del lector, bajo el velo, de un lenguaje maestro, en el cual se maridan, en perfecta simbiosis, el sonido y la semántica: Martín Adán crea nuevas palabras, remoza arcaísmos, enlaza vocablos

dándoles nuevo sentido, y todo ello lo engarza en una construcción originalísima —su preciado aporte a la poesía peruana —basada en la ausencia de juicios esenciales, el predominio de los complementos circunstanciales e indirectos sobre los directos (que proporciona gran movilidad a la frase y la confiere su particular soltura) y el frecuente empleo de las preposiciones "a" y "en". Esta sintaxis es uno de los elementos más persistentes en su poesía.

El poeta juguetea con las aliteraciones y hace alarde de habilidad idiomática. Sin embargo, el sentido, armoniosamente ligado a la masa sonora, no se resiente de superficialidad porque el poema esconde simbólicas sugestiones que se abandonan en mano y vena del lector:

¿Noche la clara desdicha,
Rosa, el cuello, el hacha,
El ay que cae en la racha,
El ya de boca redicha?
¡Pasmo de lance de dicha
De instinto de amar a acecho
De instante de amor sin lecho,
Ganada de espasmo en lucha,
A gañida ausencia escucha,
Y flecha con do de pecho!

Otros dos poemas de **La Rosa de la Espinela** (1939) y un soneto que por su levedad cristalina y por otras características se aproxima a este modo poético de las espinelas ilustrarán este modo poético. El primero es todo pregunta, anhelo apenas emergido del arcano interior; el segundo, momento emotivo de la génesis; el soneto tiene versos alados de imponderable gracia: "navego por gaviotas que sucumben a miles y por islas de vidrio que se apartan a nado"... "en la vergüenza boba de haberse desnudado"...

¿Cómo, cosa, así vacía,
A cima de espina y pena,
Como ninguna: serena:
Deshumana todavía?
¿Dónde el dios y su agonía;
Dónde la tumba y la esposa;
Dónde la lengua gloriosa;
Dónde el azar que a tí se eche;
Dónde la sangre y la leche;
Dónde, capullo de rosa?

¡Ala alguna y tormentosa,
Recogida, proyectada,
Nunca batida en nada,
Y siempre írrita rosa!
Salió del cero la diosa,
Intemperada natura,
Interminable creatura,
Y va, ávida mitad,
Rodando en ubicuidad,
Ovillo de envergadura.

En el steamer de un Capitán que humea los añiles
del horizonte primo, del gris amoratado,
navego por gaviotas que sucumben a miles
y por islas de vidrio que se apartan a nado.

Las nubes, camareras de a bordo, en sus mandiles,
con helias ceras, lustran el vapor encerado.
Día, uña esmaltada, sonrojo de marfiles
en la vergüenza boba de haberse desnudado. . .

Yo traigo en la maleta mi pipa de cerezo
y en la boca la menta de un exquisito beso,
capricho de tres dólares, caramelo redondo...

—La playa que bucea, se trae caracolas—:
el cielo, el sol... los huesos náufragos de las olas...
Señal de que ha bajado hasta el fondo más hondo.

Este primer modo poético evoluciona hacia un segundo, más artificioso aún, si cabe. Los sonetos de **Travesía de Extramares** pertenecen a este género de poesía. El rebuscamiento de palabras se acentúa y se une a la preocupación por imitar las notas del piano de Chopin (a quien están dedicadas las composiciones). Encontramos versos musicales, como este de caracter italianizante; "y es la procura de la prima poma". El poeta no se contenta con esto que, separado del trasfondo emocional y humano sería un mero juego de sonidos y palabras de diccionario. Unida la piel a la carne palpitante --nudo el poema— el efecto es prodigioso. Léase el siguiente soneto, escogido entre los más redondeados y pulcros de forma, a la vez que plenos de contenido:

PEZZO SCHERVOLE INOPINATO

(In coda, in promptu)

Para morir vivimos diligentes,
y para ser soñamos constreñidos,
macerando memorias en olvidos
y nombres deshaciendo con los dientes.

Compone y echa el dios; y van las gentes
a sus tumbas con trenes y apellidos;
y troveros, volantes y vestidos,
tróvanlo, tan virtuales, tan afluente...

Mas el uno, inmortal y desgarrado
por la deidad y el mimo en su costado
y apresto, no prosigue ni improvisa:

Con frenesí repite, y con tu dedo,
y con palor de tecla y de miedo,
una semeja y máquina de risa.

No se advierte un corte brusco entre ambos aspectos de la poesía martínadaniana. Apenas, una complicación de recursos, (más visible en otros sonetos que en el transcrito); tampoco en los temas hay cambio notable, por lo sencilla razón de permanecer igual el alma del poeta, a quien unas mismas preocupaciones esenciales acosan.

Un tercer aspecto formal de esta poesía se encuentra en **"Aloysius Acker"**. El verso quebranta la métrica y se hace libre. Surge espontáneo el raudal de las palabras. Hay menos arte y más sencillez en el poema, en el cual se advierte, a trechos, el parentesco de su autor con Vallejo: Cierto —"estilo de sentir"— y de expresar es inconfundiblemente vallejiano;

Pero ya cavaré —¿para qué?...— la fosa en lo más hondo
De mi, en lo más tierno,
En lo más ciego,
Adonde no baje mi aliento,
Adonde la voz no haga eco,
Adonde sólo yo,
Baje, muerto...
Y nacerá el hijo;
Y nacerá el nieto;
Y la mosca zumbará en el verano;
Y la lluvia mojará en el invierno.
Me sobresaltaré en mi lecho.
Corregiré y publicaré mi verso...
La rosa abrirá. Matarán el cristo.
Mas en la casa del muerto,
¡Ay!, en la casa del muerto,
Allí donde vive el muerto,
Allí donde no es ninguno y soy el muerto
y es el vivo y el solo y el triste y el eterno,
Allí sólo ocurren
La penumbra y el presentimiento
De Dios y de su día,
Sin noche y sin objeto.

RAFAEL LAFFON

CON LA TIERRA

Con la tierra . . . Sí, fuiste hacia lo tuyo.
Madres las dos tranquilas - un regazo
con entereza de semillas dulces -,
porque una os hizo esta infalible calma.

Descuajando cimientos y raíces,
rotos los pechos y la flor quemada,
se abate la catástrofe en la tierra.
Pero harto lo sabemos - yo sabía . . . -,
que la tierra - que tú en mi vida - siempre
para empezar se nos dará de nuevo.

Con la tierra . . . Las dos tan cosechadas
de inocencia y certeza en vuestros lechos.
Angeles, ya, con pies de plomo.

Y os entendéis las dos y estáis acordes
- dulce entereza de semillas -,
en ese aliento de la primavera,
que nadie sabe de dónde ha salido,
pero que hoy lleva vuestra voz cantante.

MARIO LOPEZ

EL PASAJERO

Añoras un día lejano
que nunca volvió entre recuerdos.

Vuelves a repasar tu libro de caminante
a la luz con nostalgia de días ya distintos
pero no puedes encontrarlo. . .

Oh pasajero, aguarda que ese día regrese
por sí mismo acercando cada vez más la casa
donde tú eras feliz contemplando las llamas
del hogar, encendido con leños sobre el suelo.

Vuelve a hojear tu libro. No búsques en sus páginas
el día, el mes, el año. . .Busca tan sólo el aire
de entonces, su perfume de humedad por las noches,
el sitio y la costumbre de mirar tus estrellas. . .

Todo era paz ¿recuerdas. . . ?
Por que vas recordando
que fué verdad aquello y alegremente heridos
por el sol mañanero los zarzales tupían
el olivar de cortos vuelos iluminados.

El silencio del campo te acariciaba la frente. . .
Y puede que recuerdes también la lenta espuma
de la niebla, cubriendo la cañada. Y las coplas
que al declinar la tarde los arrieros subían
gozosamente al dulce trajín del caserío.

Veías pasar los carros, cargados de aceituna,
hacia las almazaras del pueblo y apagarse
las flores del almendro junto a la carretera
y el extenso paraje de El Chaparral, al Angelus,
dentro del catalejo astral del bisabuelo. . .

(Sobre las rinconeras del gabinete alto
turbias fotografías, reveladas en sepia,
te invitaban con honda ternura a su paisaje:

Desconocidos niños de expresión algo triste
con cierto parecido familiar a los tuyos,
muertos en el dorado óvalo de sus marcos
o el grupo aquél de antiguas señoritas, vestidas
de aldeanas — recuerdo de una función benéfica —
donde estaba tu madre con diecisiete años. . .)

Aún gritaban los niños jugando en los caminos
del crepúsculo y alguien por la casa en penumbra
iba encendiendo alegres quinqués y palmatorias
y apagando los perros que ladraban al viento
desde últimos balcones curiosos a la noche.

Por que seguía la noche. La interminable noche
del campo, edificada por la luna a su antojo
con raras avenidas de cornejas, goteando
su obsesivo mensaje de insomnio en la arboleda.

Lejanísimos trenes fatigados silbaban
a favor de los vientos del poniente y el péndulo
del reloj con sus alas de metal destemplado
galopaba su diaria cuesta arriba hacia el alba.

Y el alba a tí llegaba sugerida en reclamos
de lejanas perdices y blandos esquilones,
sonando a cobre dulce junto al pozo del huerto
cuando bebía el ganado los cielos de la pila.

Y el alba a tí llegaba también con luz dudosa
penetrando cristales y llamando a las puertas
de viejas alacenas y roperos, cerrados
que guardaban el eco de un carnaval extraño:

Gargantillas, sombreros de plumas, abanicos,
trenzas de niña, guantes, flores artificiales
y la empolvada muerte de aquel violín, sin alma
desde el sollozo póstumo del siglo diecinueve. . .

(. . . Oyes ahora en el pueblo la radio por las tardes
y alguna vez te deja cualquier música ausente
de este trivial y amable clima que te rodea,
donde es poco sensato descuidar tanto el alma
cuando, súbita, puede aflorar a nuestros ojos.

. . . Te limpias los zapatos diariamente y acaso
la sonrisa te anudas igual que la corbata. . .

Y mientras a la puerta de tu vida pasean
las muchachas del pueblo regalando futuros;
Tú, en el fondo habitable de tu copa de sueños
has sorprendido algo que no dices a nadie.
¡Oh inmóvil Pasajero de ti mismo hacia entonces!
y, exento de tu tiempo, felizmente te absuelves. . .)

EDUARDO CARRANZA

ES AMOR

El olvidado alza los ojos
por encima del horizonte.
Su cuerpo queda de este lado
perdido.

El aire sufre en una rosa
cual en su herida el olvidado.
Pero el aire cambia de rosa
y espina.

El olvidado está cantando
como un enterrado vivo:
cada instante está mas hundido
y hollado,

Sin flor, sin agua, el olvidado,
esfumándose tiempo abajo.
Se alimenta de las raíces
del sueño.

Llega la noche con su espina
y el día llega con su espada
y hieren con filo incesante
su pecho.

El olvidado entre la hoguera,
el olvidado entre leones
de amor, y pasto de las aves
rapaces!.

JORGE GUILLEN

LA PARTIDA DE BAILE

Para Amado Alonso

¡Coñac y compás y pasos,
ágiles pasos graciosos
de quienes figuran casos
de cortesías y acosos!

Jóvenes, sí. No hay reserva
que oponga su contrapunto.
Música es mágica sierva.
Todo nos lo ofrece junto.

Profundamente se enlaza
la alegría en doble aliento
con un ímpetu de caza
volante por este viento.

A las parejas responde
gracia despacio bebida.
Giro a giro van adonde
la vida no es más que vida.

¡Oh noche, de labio a labio
tan dulcemente dispuesta:
nada es ahora más sabio,
nada es más eterno, fiesta!

CLAUDIO DE LA TORRE

CARLOS LUIS ALBERTO

Por no sé cuál de las horas del día que iluminan, fugitivamente, nuestros recuerdos más remotos, descubrí hoy la olvidada fisonomía de Carlos Luis Alberto. Nada se pierde definitivamente en la memoria. Aquí está Carlos Luis Alberto, auténtico, naufragado en mi infancia, que viene hoy a visitarme en estas tierras que él nunca conoció, a la otra orilla de sus andanzas y proyectos.

No ha cambiado. Tiene su misma sonrisa, su misma distracción cuando saluda. Dice "¿ Cómo estás ?" a los árboles del paisaje, aún a las nubes más lejanas. Yo me alegro mucho de volverle a ver como entonces y me quedo esperando que él sepa descubrirme lo que más me halaga. Recita unos versos distraídamente. Tal como yo quería: que aludiera, sin querer, a mi secreto de esta mañana, a este salir tarareando a la calle que me despertó . . . Se va, se aleja, no mucho. Ya está en la esquina de sus confidencias hablando con un grupo de muchachas. Les dirá seguramente otros versos. A Carlos Luis Alberto le quiere todo el mundo. En aquel día de verano en que se perdió para los demás y en esta tarde de marzo en que vuelve a la tierra para mí, ha sido siempre popular y admirado. El no lo supo nunca.

Alto, delgado, pálido, buen actor de comedias, asomará seguramente, por muchos años, a todas las ventanas del recuerdo. Sus amigas de entonces dirán siempre a sus maridos: "con Luis no pasó nada." Y los maridos sentirán esa tranquilidad momentánea que provoca el rencor seguro.

Para mí el paisaje está más claro. Amparador de mis primeras novias —sobrinas, en su mayor parte, de las suyas— fué siempre un protector. Para mi timidez ante ellas tuvo siempre la frase indiscreta indispensable. Hoy tengo que recibirle con los brazos abiertos.

— Luis, yo comprendo que ha llegado el momento de las grandes ocasiones. Yo te he llamado siempre Luis porque me parecía utilizar un nombre intacto, fuera de la circulación, defendido en su posición privilegiada por Carlos y Alberto, amigos de todo el mundo, gastados en citas y referencias. Luis, a secas, eras más amigo mío, más desconocido para la posteridad. Pero, sin embargo, hacía tiempo que te debía un homenaje público.

— He pensado en presentarte a mis amigos de hoy. ¿Qué efecto les causarás? Yo he cambiado, naturalmente. Ya no soy aquel amiguito tuyo aficionado a las bicicletas y, lo que es más grave, ya no me interesan tanto tus probables sobrinas. Tenemos, pues dos temas menos en común para reanudar nuestra amistad.

Nos queda la poesía. Sigo creyendo en su eficacia, aunque aplicada hoy a los pueblos. La poesía, pues, volverá a unirnos.

En cuanto a ti ¿ seguirás con la misma costumbre de no oir cuando se te habla ? ¿ Usarás el mismo lenguaje impreciso de los distraídos ?

Hoy debes de tener más de cuarenta años. Perteneces a una generación preocupada. Preocupada por todo. Hubo una guerra en 1.914 para los que eran como tú y no veraneaban en playas tan abiertas. Tú te fuiste con las olas del mar y hubo otra cosa que se llamó la ola de la guerra que nos trajo otros cadáveres. Todos los cadáveres de hoy tienen más de cuarenta años. El resto de la generación se compone, piadosamente, de mal heridos.

Tú puedes ser su héroe. Actor de comedias en los albores del siglo, como ya se escribe, nadie más indicado que tú para cantar catástrofes. Ni siquiera tendrías que cambiar. Descreído y romántico nos sirves. La guerra fué la guerra y la paz de hoy sería para tí la misma que tan bien supiste aprovechar entonces. Al margen de la poesía está el dolor humano. Pero esa no fué tu poesía. Al menos la que yo te oí recitar por las esquinas.

¿Y tus trajes, tus maravillosos trajes de fantasía? No he podido contenerme. He ido a tu casa y ya estoy de vuelta. Vuelvo confuso. Con esto de dejarte por un momento te he perdido y no podré presentarte esta noche a mis amigos. Sólo me quedan restos dispersos que nadie querrá reconocer. A duras penas yo los acepto como tuyos. No me servirán para la prueba ni tus trajes —tus trajes más gloriosos— que hoy guarda tu madre— único síntoma inequívoco de tu vida— en un armario en sombra.

Los vi uno por uno, ahorcados en sus perchas, con la vida precaria que le daban las manos de tu madre al mostrármelos. Ella rezó el responso: '' ya se le han pasado estas tonterías. Hoy es padre de siete hijos y vive en La Coruña''.

Ahora trato, en mi casa de siempre, donde yo no he variado, de aclararme unos cuantos problemas. Estos: ¿ por qué te he vuelto a vér hoy, tal como entonces, en no recuerdo cual de esas horas del día que iluminan nuestros recuerdos más distantes ? ¿ Por qué te he visto entrar como una sombra, tal como entran los fantasmas, y hablarme de aquel mar y aquellas olas ? ¿ Y por qué, sobre todo, supuse yo que habías muerto entonces, ahogado en tu propia poesía, si hoy vives más que nunca junto a otro mar, sin miedo a las olas, dando a la vida lo que nadie sospechaba? Te presentaré a mis amigos, de todos modos, en la primera ocasión. Diré simplemente: ''un cadáver en el Noroeste de España. Respira, sin embargo, algunas tardes de marzo''.

1.933

AQUILINO DUQUE

ROMANCE DE ANTONIO ORDÓÑEZ EN LA FERIA DE SEVILLA

Cuatro maestrantes de Ronda
velarán sobre tu cuerpo.
Cuatro capas coloradas
frente a los toros del viento
donde hay estribos de piedra
y ángeles banderilleros.

Las maestranzas de España
lanzan al aire del ruedo
una moneda de arena
por cada torero nuevo.
Pero esto no va contigo,
equivocado sextercio
con cara por las dos caras
y sin más cruz que tu acero.

Para estoques como el tuyo
el torillo más berrendo.
Para la mejor barrera
tu capote de paseo.

Quien tiene tu poderío
puede pasar por el ruedo
que gira en torno a tu faja
como un anillo de fuego.

Las plazas de Andalucía
como anémonas se abrieron
cuando tu capa se abría
gravitando y floreciendo;
cada lance era una rosa,
cada desplante, un almendro
de almendras como alamares
y vivo tronco moreno.



Reboleras como orquídeas
las órbitas de tu cuerpo
de arcángel de los caireles
y sol cada movimiento

Andalucía por tí
tiene una espada en el pecho
y claveles que abren rojas
verónicas en su pelo.
Sevilla de Pepe Hillo,
Ronda de Pedro Romero,
y el niño de Cayetano
como un puente de silencio
enlaza los arenales
con lazos de toros negros.



La luna de Abril trazaba
redondeles en el cielo.
Qué plazas para tu gloria.
Qué reses para tu quiebro.
Qué ferias de Andalucía
donde mirar en los ruedos
el mimbre de tu cintura
ceñirse los cuatro vientos.

Toros de la piel de toro,
garrochas de ganaderos
velámenes y abanicos
bandada de los sombreros
vuelan a la mar por tí,
por tí, que te estás cayendo
de tanto como te pesa
la gloria que llevas dentro.

EUGENE MONTALE

DORA MARKUS

Fué donde el puente de madera
mete a puerto Corsini en alta mar
y hombres extraños, casi inmoviles, echan
o alzan las redes. Con un signo
indicaste en la otra orilla
invisible, tu verdadera patria.
Luego, seguimos el canal hasta la dársena
de la ciudad, lustrosa de hollín,
en la hondonada donde naufragaba
una primavera muerta, sin memoria.
Y aquí donde una antígua vida
se abigarra en una dulce
ansia de oriente
tus palabras se irisaban como las escamas
de la trigla moribunda.
Tu agitación me recuerda
a los pájaros de paso que abordan a los faros
en las tardes de tempestad;
es una tempestad también tu dulzura,
se enturbia y no aparece,
y sus reposos son aún más extraños.
No se como resistes, extenuada
en este lago
de indiferencia que es tu corazón, quizás
te salva un amuleto que guardas
junto al lapiz de labios
al plumín, a la lima, un blanco ratón
de marfil; y así vives.

Ahora en tu Carinzia
de mirtos floridos y de estanques
observas inclinada sobre el mar
a la carpa, que tímida se asoma
o sigues sobre los tilos, entre las erizadas
cumbres, los incendios
del atardecer y en las aguas un inflamarse
de cobertizos de muelles y pensiones.
La noche que se alarga
sobre la húmeda esclusa no trae
con el temblor de los motores
mas que graznidos de patos y un interior
de níveas mayólicas, cuenta
al espejo ennegrecido que te vió
distinta, una historia de errores
imperturbables y la grava
donde la esponja no llega.
¡Tu leyenda, Dora!
Pero está escrita ya en aquellas miradas
de hombres que tienen patillas
altivas y delicadas en grandes
retratos de oro, y vuelve
en cada acorde que expresa
la armónica podrida en la hora
que oscurece, cada vez más tarde.
Está escrita allí. El laurel
siempre lozano pervive
para la cocina, la voz no cambia.
Rávena está lejana, destila
odio una fé cruel.
¿Qué quiere de tí? No se somete
voz, leyenda o destino. . .
Pero es tarde, cada vez más tarde.

Carla Dorisa, traduxit

JULIO PORLAN

PRIMAVERA, OTRA VEZ

Vive, de nuevo, la luz,
ya está el árbol revestido,
y el silencio es el aroma
de un ensueño fugitivo.
Beso quebrado, el arroyo
desenvuelve su destino,
se logra . . . Ya todo tiene
el color, bien conseguido,
de una sazón en triunfo
que vuelca su señorío.
Júbilo abierto en el aire,
de dulce aliento divino,
está repartiendo fuentes,
aguas de amor en sigilo.
Luce de rubor el campo,
que vibra como un latido;
ciegamente, lo enardece
la sugerencia del trino.
¿ De dónde viene este gozo,
que da tan firme sentido
a la caricia del viento,
a la cal de los caminos,
al silencio de la sombra,
a tantas cosas en vilo?
Esta ventura se esparce
adornada por el grito
de una aurora que despierta
hecha un canto renacido,
igual que un recuerdo muerto
que cuajara en sueño vivo.
Todo se impregna por dentro
de aquello que ha florecido,
y otra vez la vida alcanza
alturas de paraiso.

ANTONIO MURCIANO

DOS CANCIONES

CANCIÓN PARA QUE NO TE VAYAS

Espera, que no quiero
que te vayas
sola.

Que hace sueño y la mañana
viene azul de paz y alondras.
No sigas por el camino
sola.

No sigas, porque la tarde
se desangra en amapolas
y pudiera anochecerte
yendo por la orilla
sola.

Que luego, cuando la noche
se torne oscura y remota,
desandarás el camino,
sola.

BALADA DEL ANILLO

Tú, por la primavera.
Yo, amor, para el verano.

Tú, cuando los jardines,
yo, cuando los sembrados.

Yo siempre prometiendo,
tú siempre preguntando:

que si de raso negro,
que si de encaje blanco,
que si en el pueblo alegre,
que si en el campo,
que si a la orilla, orilla,
cantándonos
los álamos.

Te pondré la alianza
de oro, por Mayo,
en el dedo tercero
- corazón -
de tu mano.

EDMOND VANDERCAMMEN

LA PIEDRA

Está al sol una piedra que ahora el arado exhuma,
y el tañer del acero el viento desvanece;
recógela, que es ella la página arrancada
de esa que nos espera eternidad de roca.

—

No temas al helado peso de su silencio
ni aún la fúnebre carga contenida en su masa
que la adhiere a una noche de remotas ausencias:
¿ no son de minerales que sueñan nuestros años ?

—

A la tierra vacante el otoño se asoma;
¿ cómo asi ya volviste la piedra a su abandono ?
Quizás bien has resuelto: qué tentación de espacio
que excede a la materia y toca al infinito.

R. L. traduxit

CRITICA

LA ISLA Y LOS DEMONIOS (Ancora y Delfín. Barcelona, febrero 1952).—Carmen Laforet ha publicado su segunda novela. Argumentalmente es anterior a "Nada".
Aqui se narran los ultimos dias de la estancia de, podemos decir, la misma protagonista de una y otra novela en Las Palmas, cuando la guerra nuestra civil está ya agonizando. Marta Camino — en la "Isla" Andrea se llama asi — contempla la arribada al Puerto de la Luz del barco que trae a sus parientes: a Honesta "exuberante y madura señorita", a su hermano que hace "cloc, cloc, cloc" con la lengua y la garganta, y a Matilde, la misteriosa Matilde mujer de éste último. Desde la sexta página en que Matilde "profesora consciente" señalando en un mapa del archipielago dice: — "Gran Canaria. . . Entre los 27° 44' y 28° 12' de latitud Norte y los 9° 8'30" y 9° 37'30" de longuitud Oeste; desde este momento la isla, de la que nunca se dice tenga demonios naturales, centra la acción.

Carmen Laforet vivió en Las Palmas de Gran Canaria desde los dos a los dieciocho años. Luego se fué a vivir Barcelona. ¡Que bien supo captar todo lo que la isla tiene y dá!. Marta Camino vive allí — siguiendo la carretera del Monte, de Tarifa, junto a la Caldera de Bandama — y ella reacciona al compás del gofio y de las plataneras y de la lava. La isla, solo la isla es toda la novela. Marta Camino — durante todo el libro calza únicamente sandalias — demuestra que ella lo que quiere es irse y escapar de los demonios, de esos demonios, aqui entre nosotros, tan pequeñitos, que la asedian. Pero no desea perder el sabor a mar y aquel de los besos de Sixto en la barca.

Los demonios son menos demonios de lo que se supone. Pueden ser de dos clases: o los que Vicenta la majorera invoca desde sus ropas de viuda y bruja isleña, o los humanos y carnales — todos muy desgraciados — como José (hermano de Marta). Pino, su mujer y los parientes emigrados de Madrid. Ni unos ni otros dañan o perturban a Marta, aunque asi se quiso hacerlo parecer. Porque los primeros, esos invocados por Vicenta la lugareña, no salen nunca de aquel escenario tan magnifico de la cueva de la zahorina en La Atalaya con rojas tayas, olor a limpio sahumerio, una foto de un soldado de ojos redondos, y luz de carburo. No, los demonios no se atreven a salir de allí, de aquella cueva, por temor, casi, a la humanidad. Se quedan en las cartas que se echan y en el pronóstico de una muerte. Los otros demonios, la familia, son demasiado humanos. Poseen sus secretillos, sus deseos de mejorar, de poseer coche y buenas amistades, de volver a Madrid unos — los que vinieron — y otros, Pino, la hija de una ama de llaves, de abrir la casa de Las Palmas y recibir gente y no tener que estar todas las horas en el chalet del campo, que acaso es demasiado moderno y acogedor. No, son demasiado humanos. De ellos únicamente el más demonio podria ser Daniel Camino que hace "cloc, cloc, cloc" como si imitase a una cigüeña, no siendo "exactamente el ruido que hacen las gallinas", y no porque quiera, es un tic que "el pobrecillo" adquirió durante la guerra.

Marta Camino, no hay duda, busca algo. Ella es vacilante y no se pinta y estudia con otras amigas y escribe leyendas a Alcorah el viejo dios canario, y no la comprende bien nadie. Ni su madre Teresa que está loca desde el accidente aquél, y que se porta como un niño siempre en su cuarto y que no chilla, o chilla poco, y que hay que conducirla hasta el sillón por que sino se queda todas las horas de pie junto a cualquier pared. Marta en su busqueda se enamora de Pablo el pintor cojo casado y triste, y tiene un semirromance con Sixto el muchacho que volvió herido de la guerra, y luego se muere Teresa — lo pronosticó la zahorina — y al fín Marta consigue irse a la Peninsula a una nueva vida, cuando ya se ha acabado la guerra.

"La isla y los demonios" es una buena novela de una isla buena de las que van, por desgracia, quedando pocas. Marta Camino es su mejor personaje junto con Vicenta la majorera y Teresa la loca. Y nada más. Todo lo que llevamos de año exprimido nos trae esta noticia: Carmen Laforet sigue sabiendo escribir novela y tiene recuerdos.

GARGANTA Y CORAZÓN DEL SUR. Mario Lopez.— El éxito de crítica obtenido por este libro ha sido resonante, hemos visto los elogios con que lo reseñan las mejores revistas españolas. Ya es un aliciente para la primera publicación de un poeta.

Los rasgos de la personalidad lírica de Mario Lopez son bien acusados. No se desvía en ningún momento de la tradicional linea cordobesa de expresión, todos los detalles constructivos están seleccionados cuidadosamente. Obtiene así un lenguage denso, en que cada palabra adquiere validez por sí misma y está cargada de alusiones. La atención morosa y amorosa del poeta, se detiene en los objetos que la costumbre ha incorporado a su propia vida. Y realiza en ellos una transformación tal, que es el alma —empapada por la paz del recuerdo— del autor, la que se nos va ciertamente desvelando a lo largo de todos los poemas.

Esta detenida exploración de la memoria, nos aleja los horizontes. De modo que nada resalta violentamente, en ese amplio valle de nivelados perfiles, de luces mitigadas que es la sensibilidad de Mario López. Ni una sola estridencia, a pesar de que lo trágico —lo irremediablemente pasado— es uno de los motivos más constantes de su inspiración.

Pero hay algo que da una mayor actualidad a su poesía. Porque Mario se mueve siempre en el terreno de lo real. Y si por una parte, ello puede hacer limitado su mundo, por otra permite que la penetración y su creación estén henchidas de la fuerza emocional y directisima de lo vivido.

Podemos, pues, creer en la madurez de Mario López que se hace bien patente en "Garganta y corazón del sur" y esperar, con la avidez del que contempla la plasmación de un cuadro, que nos siga indicando, como hasta ahora, con calma, a media voz, casi monótonamente, nuevas perspectivas del paisaje de su intimidad.

HEMOS RECIBIDO.—(Y agradecemos la gentileza a todos aquellos que mandaron los Libros).

AGLAE (Norte San Sebastián 1951) Antonio Milla Ruiz.

BAJO LA VOZ AMIGA (Isla Cádiz) de Pedro Pérez-Clotet.

GARGANTA Y CORAZÓN DEL SUR — Mario López (Córdoba MCMLI).

LÁZARO CALLA, de Gabriel Celaya.

LAS COSAS COMO SON (Isla de los ratones, Santander 2.ª edición 1952).

NOCHE DEL HOMBRE (Mensajes 1950).

POEMAS DE INTIMIDAD (Madrid 1950) Guillermo de la Cruz-Coronado.

TENTATIVAS (Adán, Madrid 1946).

LAS REVISTAS:

AMBITO de Gerona.

ALOR de Badajoz.

ALJABA de Jaén.

DABO de Mallorca.

INSULA de Madrid.

LA ISLA DE LOS RATONES de Santander.

MENSAJES DE POESÍA de Vigo.

PLATERO de Cádiz.

TRABAJOS Y DÍAS de Salamanca.

VERBO de Alicante.

NOTA.-Por error ha sido impreso en francés el nombre del afamado poeta Eugenio Montale, de nacionalidad italiana.

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

JUAN COLLANTES DE TERÁN, SERAFÍN PRO HESLES, BERNARDO VÍCTOR CARANDE, ANGEL MEDINA, JORGE TOVAR, RAFAEL LAFFÓN, MARIO LÓPEZ, EDUARDO CARRANZA, JORGE GUILLÉN, CLAUDIO DE LA TORRE, AQUILINO DUQUE, EUGENIO MONTALE, JULIO PORLAN, ANTONIO MURCIANO, EDMOND VANDERCAMMEN.

ILUSTRAN:

J. CARRIAZO Y AQUILINO DUQUE.

FLORES - SEVILLA

